



La Lectura Popular

AÑO XXI.

Orihuela 1 de Agosto de 1902.

Núm. 455

JUSTICIA

Ni calumniadores, ni pérfidos, ni viles ni detractores.

En carta que dirige el Sr. Canalejas al director de «*El Heraldo*» se acusa de todos estos pecados á nuestros amigos de «*El Siglo Futuro*» por haber reproducido nuestro artículo «*La democracia en paños menores*» y dicho se está por ende que caen sobre nuestra cabeza todas aquellas injurias.

¡Muchas gracias!; aceptamos la ofensa con mucho gusto porque más grave sería que «*El Heraldo*» nos cubriese de flores como pretende cubrir á los Obispos suponiéndoles amigos suyos para mejor ponerles *Inri*. Habilidades suyas.

¡Calumnia! ¡perfidia! ¡vileza! ¿dónde están?

Si al Sr. Canalejas no le cegara el odio conque honra á los católicos que no *transigimos*, no escaparía á su perspicacia que nada de ello existe en nuestro escrito. Llenas están las columnas de centenares de periódicos no ya católicos sino tan liberales como «*El Nacional*» «*La Epoca*» «*El Español*» etc. de gravísimas contumelias contra él, y el Sr. Canalejas nada ha dicho. Pero hablamos nosotros los católicos inmanejables, los indomables, y no obstante nuestra prudencia y justicia en no dar asenso á las afirmaciones publicadas por tanto periódico sino limitarnos á preguntar *si son ciertas* para deducir, *en caso de serlo*, la falsedad del espíritu democrático que el ex-ministro de agricultura pretende propagar en nuestra patria desgraciada, y he aquí que este señor se revuelve airado contra «*El Siglo Futuro*» que nos copió, amenazándole con los tribunales.

¡Cómol Sr. Canalejas ¿qué lógica es esta? ¿qué pasión es esta? Deja usted pasar la publicación de todos esos datos echados á volar á impulsos del huracán promovido por su campaña sectaria

socialista y pretende usted que, los que no podemos transigir con sus malas ideas, no analicemos estos datos ni preguntemos si son ciertos para discutir la democracia de usted?

Dirá V. que se trata de la vida privada.

En hora buena; pero ¿cuándo han podido separarse la vida privada de la vida pública en el propagador de una idea que amenaza los intereses y la fé de una nación entera?

¿Acaso son menos respetables la fé y los intereses de millones de españoles que su decoro, su buen nombre y su dignidad de usted?

No recibiría usted en su casa un triste criado sin averiguar quien es y pretende usted que España le entregue la mayordomía y la llave de sus destinos sin averiguar su vida y milagros?

Dirá V. que se trata de hechos falsos.

Perfectamente; pues por lo mismo que lo eran estaba usted obligado á desmentirlos desde el primer día que salieron á luz, sin dar lugar á que procurásemos averiguar su certeza hipotética para determinar el verdadero carácter de la maléfica campaña que está usted haciendo.

Sr. Canalejas, los hombres políticos que arrojan el fuego de su pensamiento sobre los pueblos para empujarles por los caminos que usted empuja á España; los hombres políticos que emplean las dotes de elocuencia que Dios les dió para escalar las cumbres de ciertas apoteosis, están gravísimamente obligados á mostrarse por dentro y por fuera, á justificarse, á sincerarse hasta la transparencia del cristal, porque del carácter de su vida privada depende el verdadero norte de su vida pública.

No deben, pues, apasionarse cuando se les discute, se les analiza y se pregunta si son ciertos los hechos que se les imputan.

A nosotros lo que nos cumple en justicia es publicar sus declaraciones y hacer constar hoy su negativa respecto á la adquisición del palacio de Santofía por

cuenta de honorarios, (lo cual á ser cierto tampoco hubiera implicado delito ni inmoralidad; sino marcadísimas contradicciones con sus predicaciones democráticas) y añadir que también niega usted rotundamente lo que copiamos de un colega de andalucía, respecto á la minuta de honorarios de 85.000 pesetas juzgada excesiva por el Sr. Pi y Margall.

No somos, pues, calumniadores ni detractores ni pérfidos; cumplimos con nuestra obligación de defender esta patria desgraciada que usted está acabando de enloquecer con sus sermones, para lo cual procuramos averiguar el carácter particular del predicador.

ADOLFO CLAVARANA.

NOTA.--Rogamos á todos nuestros colegas y especialmente á los que han copiado nuestro artículo «*La Democracia en paños menores*» que reproduzcan este que titulamos *Justicia* para hacérsela cumplida al Sr. Canalejas.

Canalejas católico

Leemos en *El Siglo Futuro*.

«Más pronto se coge á un mentiroso que á un cojo, y si esto necesitaba nueva confirmación, oigan ustedes lo que dice el *Heraldo* de anoche, contestando, no á nosotros, sino á la carta del Sr. Canalejas y Méndez (D. José), que publicó el mismo *Heraldo* en su número del domingo:

«*El Siglo Futuro*, en su número de hoy, rehuye la responsabilidad del artículo que hace dos días publicó. Es viejo el procedimiento de tirar la piedra y esconder la mano; viejo y muy propio de hipócritas y pobres de espíritu. De o que no prescinde el papel neo es de apelar á mentiras y á injurias. Por respeto á nuestros lectores, desistimos de combatirlos; procuráramos su castigo: pero tratándose de *El Siglo Futuro* es imposible la realización del propósito; hay necesidad de contentarse con el desprecio. Y hemos concluido».

«Hasta aquí el *Heraldo* de anoche, martes, á lo cual sólo diremos que es falso que *El Siglo Futuro* rehuya ninguna responsabili-

dad; tan falso por lo menos como eso de que publicásemos el artículo de Clavarana hace dos días, cuando todo el mundo lo vió publicado el día 16.

«Si somos pobres de espíritu, tenemos mucho adelantado para vivir bien y morir mejor, pues Jesucristo los llamó á boca llena bienaventurados. ¡Ojalá resulte en eso profeta el *Heraldo de Madrid*! Pero lo que no somos es hipócritas. ¡Si precisamente de lo que nos acusan nuestros enemigos y el *Heraldo* mismo en su número del domingo, es de gastar demasiada claridad; de no velar las cosas más graves, de no disimularlas nada! Hipócrita es el que finge ó aparenta lo que no tiene: pero sobre todo el que finge ó aparenta fe y devoción.

«Y nosotros proclamamos nuestra fé; decimos con la Iglesia que no se puede ser liberal y católico; proclamamos que ser liberal es peor que ser adúltero, ladrón ú homicida; decimos con el Obispo de Cartagena, que hay que hacer astillas el árbol maldito del liberalismo y aventar sus cenizas; proclamamos la necesidad de que España se organice y se lance contra los partidos de perdición que la han explotado y deshonrado dejándola sin fé sin pan y sin colonias. ¡Hace el favor de decirnos el *Heraldo* qué género de fingimiento ó simulación ó hipocresía son estos?

«Hipócritas serán los que fingen ser socialistas cuando tan bien avenidos están con su espléndida burguesía; é hipócritas son, sobre todo, los que se fingen católicos para fines políticos, cuando es público y notorio que son sectarios, enemigos de la Iglesia y de las Ordenes religiosas, sus hijas predilectas.

«Hipócrita puede llamarse á D. José Canalejas y Méndez que después de declarar guerra al clericalismo en discursos y artículos, y remover las pasiones antirreligiosas en viajes de propaganda librepensadora, y acompañarse con masones como los Sres. Morayta y Francos Rodríguez y aspirar á plantear en España los horrores anticatólicos que actualmente sufre Francia; se apresura á confesarse sinceramente católico y á rechazar sus relaciones con los masones, en cuanto se entera de que las personas sensatas le combaten en su distrito, y abriga el temor de que en las próximas elecciones le desbanquen.

«Eso es lo que en castellano se llama hipocresía, y esta es la carta que el apóstol anticlerical acaba de dirigir al *Heraldo de Alcoy*, la lectura de la cual recomendamos á *El Nacional*.»

«Sr. D. Julio Puig Pérez. Mi querido amigo. Agradezco á usted sus nobles y espontáneas protestas contra la campaña de periódicos que alardeando de religiosos, se inspiran en el odio y agravan de consuno al honor ajeno y á la verdad.

«En todas partes me he profesado sinceramente católico y en cien ocasiones he desmentido las supuestas relaciones mías con logias y personajes masonicos.

«Si de buena fé procedieran mis adver-

rios, no insistirían en sus falsos asertos; pero es visto que ningún género de respetos les contienen. Si creen arredrarme así, están equivocados, y lo que consiguen con esas campañas es que se conozcan sus verdaderas intenciones,

»Suyo siempre afmo. amigo,

»José Canalejas y Méndez.»

Con que ya lo saben ustedes: Canalejas resulta sinceramente católico y así lo declara paladinamente en la carta que precede, añadiendo además que no es cierto que tenga relaciones con personajes masonicos.

No es poca gloria para LA LECTURA POPULAR haber hecho brotar de la pluma anticlerical de D. José, el amigo de Blasco Ibañez, el orador tan aplaudido por libertarios, socialistas y clerófobos, unas declaraciones tan categóricas y terminantes. Tomemos nota de ellas para contrastarlas oportunamente con las futuras actitudes político-religiosas del Sr. Canalejas, aunque nos conste que D. José tendrá siempre á mano, para escurrir el bulto, la muletilla que hoy esgrimen todos los católicos de su condición diciendo cuando se les acusa:

«Nosotros somos católicos pero no somos clericales.»

«Nosotros somos católicos pero no somos vaticanistas.»

«Nosotros somos católicos pero no somos amigos de frailes y monjas.»

O lo que es lo mismo; «nosotros somos católicos pero no obedecemos al Papa, ni queremos sacerdotes, ni cesamos en nuestra tarea de combatir cuanto tienda á propagar el Evangelio.

«Y cuando hayamos barrido de España no solo las ordenes religiosas y las escuelas católicas, sino hasta los últimos restos de toda institución cristiana, entonces diremos:

«Nosotros somos católicos pero no somos fanáticos y no podemos consentir que la gente vaya á misa, y rece y reciba Sacramentos.

Y cerraremos la Iglesia y *consumatum est*.

¿Es ese el catolicismo de usted, Sr. Canalejas?

Pues resulta bastante antiguo.

Porque de ese catolicismo liberal que grado más ó menos, es el de los Silvela, Cánovas, Sagasta, Castelar etc., ya habló Pio IX en el Syllabus para condenarlo y decir que aquellos que lo profesaban eran peores que los monstruos de la Comune.

Y ahora una pregunta.

¿Está usted ó no está usted conforme con el Syllabus?

Porque si lo está usted, ya puede usted quemar todos sus discursos, y si no lo está ¿quién es aquí el hipócrita? el que procura descubrir á los enemigos políticos de la Religion y de la Patria, ó el que no aceptando las infalibles enseñanzas de la Iglesia, usa palabras de doble sentido para disfrazar sus intenciones sectarias?

Pero hay más: en la carta que dirige usted al *Heraldo de Alcoy* haciendo protestas de sincero catolicismo, niega usted categóricamente tener relaciones con personajes masonicos; y segun *El Siglo Futuro* Morayta y Francos Rodríguez lo son y gordos, y usted se acompaña con ellos, y segun otro periódico, el Sr. Francos Rodríguez acaba de ser nombrado director del *Heraldo de Madrid*, órgano de usted; con que ¿en qué quedamos? ¿Podemos fiarnos de las declaraciones de usted?

Y pregunto esto con tanto mas interés cuanto que el *Heraldo de Madrid* es periódico que suele verse á menudo en manos de católicos y sacerdotes.

Como que es un rotativo que en eso de promiscuar ha desbancado á la gran Tartufa de la prensa: arrebatándole no pocas perras chicas. Me refiero á la de los avisos útiles; *La Correspondencia de España*.

ADOLFO CLAVARANA

LOS HIPÓCRITAS DE ANTAÑO

FRAGMENTOS RELATIVOS

Á LA VIDA DE JULIANO EL APÓSTATA

I

CARÁCTER DE JULIANO

— — —

Nadie lo ha pintado mejor que San Gregorio de Nacianzo. «Juliano, dice el grande Obispo, detestaba á Constantino, al que miraba como un usurpador, y execraba por lo mismo su obra. Pasó su juventud en el aislamiento á que Constancio le había relegado, y su alma solitaria se alimentó de rencores y concentrados odios.

¿Era un hipócrita, un pagano ó un supersticioso?

De todo tuvo. Oigamos otra vez á San Gregorio; «Recibía el orden de lector en Nicomedia, cuando anhelaba quemar el Evangelio, profesaba la doctrina cristiana á la vez que juraba en el corazón odio eterno al Cristianismo: leía ostensiblemente la Biblia, y no creía sino en los dioses de Homero.»

(Es decir que fué un abate renegado como Combes ó un católico liberal como los de ahora.)

Cuando el cadáver de su predecesor Constancio llegó á Constantinopla, Juliano salió á su encuentro, y fingiendo un dolor que no sentía, bañó el féretro, que encerraba los

restos del finado, con lágrimas mentidas; pero á poco tiró la careta y apareció el perseguidor que desterraba y maltrataba á los amigos de Constancio y hacía guerra á los cristianos, esforzándose por restaurar el paganismo y ganarle prosélitos hasta entre los discípulos del Crucificado.

Por la noche se encerraba en el interior de su palacio con Oronte, sacrificador egipcio, y á la vacilante luz de una antorcha hundía el cuchillo sagrado en el cuello de un niño, de una doncella ó de un cristiano, cuyos miembros palpitantes disecaba luego para utilizarlos en la evocación de los espíritus, en las prácticas del arte adivinatorio y en horribles misterios.

He aquí otro hecho contado por San Gregorio y confirmado por muchos testigos.

En uno de aquellos subterráneos, en que Juliano se entregaba con su fiel Oronte á esas misteriosas prácticas, hallóse súbitamente rodeado de fantasmas que lo apretaban por todos lados, haciendo insólito ruido, y dejando escapar vapores fétidos. El César, recién iniciado, sintió miedo, y acordándose de la fé á que había renunciado, se signó con la cruz, desapareciendo al punto los fantasmas. Entonces quiso renovar la prueba y el resultado fué idéntico; mas Oronte se le acercó en aquel instante, y cogiéndolo del brazo lo apostrofó en estos términos: ¿Qué habeis hecho? No es el terror el que aleja de vos á los dioses, es la indignación que les causa vuestros sacrilegios.

El hierofante, concluye el Nacianceno triunfó con este sofisma de los últimos recelos de aquella conciencia inquieta, y precipitó á aquella alma en la apostasia, que no abandonaría más.

Alguien se reirá quizá de estos relatos pero sin razón. ¿Es posible dudar de la veracidad, de la discreción y del recto juicio de San Gregorio de Nacianzo? Y por otro lado, el espiritismo moderno ¿no reproduce los espantables episodios del palacio de Juliano?

II

LA OBRA DE JULIANO

Un ideal tenía Juliano en su mente, al cual lo sacrificaba todo, ideal que nos da la clave de sus obras y empresas.

Comprendía el pensamiento del Apóstata dos partes, el exterminio de la Religión del Crucificado y la restauración del paganismo.

Para lograr lo primero, Juliano no perdonó medio. No era, por cierto, el Emperador hombre vulgar, sino antes, como muchos de los enemigos de Cristo, debía á la naturaleza talentos superiores, que desgraciadamente usó mal convirtiéndolos contra el que se los había dado liberalmente. Educado además por maestros famosos, y perfeccionada su educación en Atenas, emporio de la ciencia y de las letras, había adquirido conocimientos extensos y poseía gran cultura, todo lo cual le suministraba medios para combatir las enseñanzas cristianas con engaños y sofismas, que necesitaba del ropaje del ver-

dadero saber, y adornaba con las galas del buen gusto literario.

Con una actividad digna de mejor causa escribía en favor de su idea; pero sus trabajos fueron en su mayoría de cortos vuelos, no en el sentido de que causaran poco mal, sino en cuanto carecían de la importancia y del carácter de obras sabias. Al fin se decidió también á meterse en este campo, y dió á luz un libro que intituló: «*In atheos*,» «*Contra los ateos*» que así llamaba á los cristianos.

La persecución, no descarada, pero verdadera fué otro de los medios que, contra los adoradores de la cruz, empleó Juliano, pues, si bien no promulgó edictos de muerte contra aquellos, se valió de pérfidas trazas para que no cesase de correr la sangre de los hijos de la fé. Así es que los anales de la Iglesia recuerdan muchos nombres de mártires insignes que, bajo la tan decantada tolerancia de Juliano, sucumbieron gloriosamente por no avenirse á quemar incienso ante los dioses del Emperador.

El famoso decreto de éste, autorizando la vuelta á sus diócesis de los Obispos desterrados por Constancio á causa de su firmeza en la doctrina y por su santa intrasigencia con el arrianismo que profesaba el hijo de Constantino, fué un golpe de astucia, enderezado al propio fin. Los cristianos luchando unos con otros, pensaba para sí el César; peleando católicos y herejes, ortodoxos y heterodoxos, acabarían por destruirse, y sin moverme yo, dejándolos en plena libertad. lograré mi intento: ni un galileo se verá por parte alguna.

Pero más certero que ningún otro de los tiros dirigidos por Juliano al Cristianismo fué la clausura de las escuelas católicas.

Sin duda, el mismo espíritu animaba al Apóstata que á los modernos legisladores (*Combes, Romanones y compañía*) que han pretendido después imitarle. El agente misterioso que, en sus nocturnas reuniones con Oronte, con Maximo etc. sugería pensamientos contra Jesucristo y su obra á Juliano, es el que preside en esas otras asambleas de las logias, y dicta á los afiliados las medidas que los representantes de los gobiernos masónicos, hoy al uso, convierten en decretos.

Pero quizá intervino, como causa determinante de aquella tiránica disposición, un hecho del que importa tomar nota.

Juliano tenía por médico á Cesáreo, hermano de Gregorio Nazianceno, varón de tanto talento como éste, de saber nada común y de una fé tan sencilla como firme.

Gregorio andaba inquieto, porque temía que peligrase la virtud de Cesáreo al lado de un hombre de la condición del César y más de una vez le instó para que renunciase á su puesto; mas Cesáreo no se rindió. El Emperador, que le había dejado quieto, en espera de ocasión oportuna para poner cerco á aquella plaza cuya rendición consideraba como acontecimiento de grande efec-

to para sus planes, le provocó al fin á una conferencia pública. Cesáreo aceptó el reto, y la conferencia fué un triunfo para Cesáreo.

Juliano disimuló; pero esta derrota debió causarle profunda impresión, y acaso el enojo que de su pecho hubo de apoderarse, le movió á publicar el célebre edicto que ordenaba á los maestros cristianos renunciar á sus cátedras condenándolos á que se limitasen á estudiar en sus iglesias, decía desdeñosamente el soberano á Mateo y á Lucas.

La medida no podía ser más injusta. Profesores eminentes se vieron obligados á cerrar sus clases; como Proheresio de Atenas, Apolinario de Laodicea y Mario Victorino de Roma, sin que valiera al primero haber sido maestro de Juliano, ni á Apolinario sus numerosos escritos, ni á Victorino la estima de los hijos de Roma que, en testimonio de amor, le erigieron una estatua en el Foro Trajano.

El decreto produjo una indignación general entre los cristianos.

Bello es el lenguaje de un célebre Obispo á este propósito «De buena voluntad dejo á quien los quiera aceptar las riquezas, el esplendor de la posición, el poder, la gloria, todos esos adminículos de la vanidad humana, frívolos como sus ensueños; pero la ciencia y las letras jamás. Ellas son nuestros dominios, los dominios de que nunca serán expulsados los cristianos.»

Los paganos mismos, aun los más amigos del César, no se atrevieron á tomar su defensa en esta ocasión, y Amiano Marcelino su historiador, ó quizá con palabra más exacta, su panegirista, no pudo menos de escribir estas frases, verdadero estigma puesto en la frente del Príncipe: «Cubrirse debiera con el velo del silencio el acto tiránico de separar de la enseñanza á los retóricos y gramáticos que profesasen la religión cristiana.»

La supresión de las inmunidades de las iglesias y lo que hoy llamaríamos incautación de sus bienes, forman el completo de la larga serie de disposiciones de Juliano para el exterminio ó destrucción del Cristianismo.

(Es decir que era también un desamortizador como Mendizábal y demás compañeros. Hay que desengañarse: los liberales en todos tiempos son los mismos.)

La otra parte, que abarcaba su pensamiento, era la restauración del culto pagano.

(Como pasa hoy con Zola, Dicenta, Perez Galdós y demás rehabilitadores de la carne)

Pero el paganismo como religión había muerto, y era imposible devolverle la vida.

Pasa todo; lo bueno y lo malo, las alegrías y los dolores, los hombres y sus glorias, las instituciones y los pueblos que las fundaron; pero Dios no pasa, ni su palabra que los siglos no desmienten sino confirman, ni sus obras que viven á despecho de los que

su loca soberbia se imaginaron fuertes para aniquilarlas.

III

LA ESTRELLA DE JULIANO ECLIPSADA.

San Gregorio Nacianceno con su hábil pincel nos ha hecho en cuatro palabras el retrato de Juliano, cuyo aspecto no era por cierto para inspirar simpatías.

Dejábase crecer desmesuradamente la barba para honrar, según decía, á Júpiter; pero la tenía inculta y descuidada, lo que no podía menos de darle un aire feroz; sus espaldas eran anchas como las de un mozo de cordel; sus ojos de mirada extraviada; pequeña la frente; sus cabellos parecían, más bien que cabellos, crines de animal, y su traza toda, más que de ser racional, de mono.

Cierto que su talento, su palabra, las mismas desgracias de su primera edad pudieron atraerle simpatías; mas cuando la aureola que le rodeaba desapareció, la persona del Emperador dejó ver su lado ridículo, y fué objeto en que la sátira, siempre implacable, llegó á cebarse.

El proceder del Emperador con Artemio, el prefecto de Egipto, al que hizo morir cruelmente porque no quiso apostatar de la fe cristiana, acabó la obra, y la indignación subió á lo sumo.

Su causa había sido juzgada en el tribunal inapelable de la divina Providencia y la sentencia pronunciada no podía menos de cumplirse.

IV

DERROTA Y VICTORIA

Cuéntanos Sozomeno un hecho interesante, del que conviene tomar nota para que no se olvide.

«Había concebido el César, dice refiriéndose á Juliano, un aborrecimiento personal á Jesucristo, que se manifestaba con energía sin igual en cuantas ocasiones se ofrecían. Llegó á su noticia que en la antigua Cesárea de Filipos, la Paneas de hoy, se levantaba la estatua de Jesucristo erigida por la piedad agradecida de la hemorroisa del Evangelio... Juliano la hizo destruir reemplazándola con la suya. Pero pocos días después cayó sobre ella un rayo, y destrozó el busto hasta el pecho... Hoy, añade el historiador, se vé en Paneas la imagen mutilada de Juliano, irrecusable testimonio de la divina venganza.»

La peste, el hambre y otros azotes, con que Dios visitaba el imperio, parecían por otra parte anunciar que la paciencia divina se había agotado, y que el emperador apóstata, que se burlaba de Cristo y de sus obras, tenía ya suspendida sobre la cabeza la espada justiciera del soberano Juez de vivos y muertos, quien se aprestaba á detenerlo en su carrera de locuras y á hacerle sentir la verdad de aquella máxima evangélica: «El que chocare contra esta piedra se hará pedazos.»

Por desatentada que fuese la guerra con los Persas, Juliano, lleno de insensatas ilu-

siones, la acometió; pero allí lo esperaba Dios. En vez de laureos halló ignominias; en lugar de la victoria, la derrota; en cambio de la vida gloriosa con que soñaba como premio de sus hazañas, la muerte.

La preciosa confesión que, según la tradición, se escapó de sus labios, al caer herido: *Venciste Galileo*; merecía escribirse en bronce para enseñanza perpetua de los opresores de la Iglesia.

Pero hora es ya de que concluyamos estos apuntes. La historia de Juliano es digna de meditarse. Ese personaje odioso no es de ayer; es de hoy, y de siempre. Unas veces se llama César; otras Majestad; en ocasiones ciudadano, jefe ó presidente de la república; pero siempre es el mismo, dominador, avasallador, déspota, encarnación de la deidad Eslado, que pretende ser el único Dios del mundo, el que todo lo manda, el que todo lo dirige, el que á todo da impulso, el solo que enseña, y sin cuya venia nadie puede mover el pie ni la mano. Seguramente, si tornamos los ojos en derredor nuestro, en estos días en que tanto se habla de libertad, hallaremos no pocos que la entienden á lo Juliano.

(*¡Ya lo creol! Y si nó que se lo pregunten á los perseguidores de las órdenes religiosas y de los centros de enseñanza católica.*)

Estos fragmentos (á escepción de los parentesis de cursiva) están tomados del Boletín del Arzobispado de Sevilla.

Nuestro querido compañero *La Verdad*, de Castellón, publica la siguiente noticia ampliando más detalles sobre lo de la Martinica.

Más sobre lo de la Martinica

Días pasados, copiándolo del *Boletín Eclesiástico* de la diócesis de Madrid-Alcalá, dábamos cuenta de la horrible profanación que los habitantes de la desgraciada ciudad de San Pedro hicieron en los días de Jueves y Viernes Santo, de la que fué tremendo castigo la lluvia de fuego que, como en otro tiempo, á las ciudades de Pentápolis las convirtió en cenizas.

En cuadro tan desolador hay, sin embargo, un rayo de misericordia y bondad divinas, bastánte por sí solo para llenar de consuelo el alma de los creyentes.

Es el caso que, según refiere una religiosa valenciana, residente en Méjico, á sus padres, en carta que hemos tenido la satisfacción de leer, tienen las monjas de la Liberación un convento situado en la falda del Monte Pelado. En la mañana del día de la hecatombe, que era el de la Ascensión, cuando los estampidos y chispazos del volcán tenían atemorizadas á las gentes del campo, muchos se refugiaron en la iglesia de dicho monasterio, en donde hubo misa á las seis y á las siete y media, y como los ruidos subterráneos se repetían cada vez con más intensidad y frecuencia, el capellán expuso á Su Divina Majestad y exhortó á los fieles allí congregados á que aplacaran la justicia del cielo purificando sus conciencias; y mientras las religiosas no cesaban de elevar al trono del Altísimo sus oraciones, aquellos confesa-

ron sus culpas y recibieron el Pan Eucarístico.

Algunos momentos después, y cuando la consternación era general, un grito de milagro! lanzado por la Madre Superiora hizo dirigir á todos sus miradas hacia el Tabernáculo, y cayendo de rodillas contemplaron asombrados á Jesús aparecido en la Hostia consagrada, con vestiduras blancas, mostrando su Corazón adorable y con un rostro lleno de dulzura, pero sombreado por la tristeza. La visión duró lo bastante para que todos los reunidos en el templo se dieran cuenta de ella y comprendieran que el divino Redentor se veía obligado á castigar á los habitantes de aquella ciudad prevaricadora.

Otro prodigio acaeció y fué que una de las religiosas para animar á los fieles distribuía estampas con la imagen del Sagrado Corazón, y cuando creía se le iban á agotar, pues su número era muy inferior al de aquellos, vió que tuvo para todos y después le quedaban tantas como antes de empezar el reparto.

Suscripción para la terminación de las obras del templo del Pilar ultrajado por la impiedad sectaria de los modernos tiranos disfrazados de amigos de la libertad.

	Plas.	Cts.
Suma anterior	83	29
Municipio de Sta. María de Buil	5	
Cofradía del Rosario de la Paroquia de San Martín de dicho pueblo	5	
Sr. Párroco de San Martín	5	
D. Francisco Omás, Pbro.	5	
» Ramón Sanchez, Maestro	2	
» José Pallás	2	
» Manuel Sanchez, secretario.	1	
» Aniceto Iustés, Pbro.	1	
» José Clemente y esposa	20	
» José, Joaquín, Agustín, Antonio y Orosía Clemente	50	
» Vicenta Iuste	10	
» Ramon Buisau Capdevila	10	
» Vicente Lardiés	10	
» María Capdevila	25	
» Alberto Buil	25	
» Mariano Arcas	25	
» Pilar Pallás	25	
» María Auserón	50	
» Margarita Carilla	50	
Total	112	25

(Se continuará.)

LA LECTURA POPULAR

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id.	1 » »
Un octavo id.	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pas 6, principal, y en las demás librerías católicas.